

Vitali Shentalinski

La palabra arrestada

Isaak Bábel, Ósip Mandelstam,
Mijaíl Bulgákov, Marina Tsvietáieva,
Andréi Platónov, Anna Ajmátova,
Maksim Gorki, Borís Pasternak



VITALI SHENTALINSKI

La palabra arrestada

Traducción de
Ricard Altés Molina, Jorge Ferrer y Marta Rebón

Edición al cuidado de
Jorge Ferrer

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Traducción del ruso: Marta Rebón, Ricard Altés Molina y Jorge Ferrer Díaz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2018

© Vitali Shentalinski, 2018
© de la traducción: Marta Rebón, Ricard Altés y Jorge Ferrer, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 445-2018
ISBN: 978-84-17088-16-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prólogo. ¿«Conservar a perpetuidad»?, o ¿«Estrictamente confidencial»?	11
-------------------------------------------------------------------------------------	----

«PIDO QUE SE ME ESCUCHE...» ISAAC BÁBEL

El arresto.	21
«Instrucción activa»	24
La declaración manuscrita.	29
El interrogatorio	40
La denuncia.	64
La acusación	75
La sentencia	81
La rehabilitación	85

LA CALLE DE MANDELSTAM ÓSIP MANDELSTAM

«Aislar, pero conservar...»	93
Soy una sombra.	110
En los círculos del infierno del Gulag.	123

EL MAESTRO EN EL PUNTO DE MIRA DE LA GPU ENTRE LOS BASTIDORES DE LA VIDA DE MIJAIL BULGÁKOV

«Desenmascarar la fisonomía»	135
La visita de la figura gris	148

No hay quien se libre de estos sinvergüenzas	152
«Escribo siempre con la conciencia limpia»	160
«Deberían fusilarle por esta obra...»	171
<i>La huida</i> con obstáculos	182
¿Es concebible mi vida en la URSS?	187
Encaramado a la cucaña	205
La voz de una amiga	218

MARINA, ARIADNA, SERGUÉI
MARINA TSVIETÁIEVA

Una mosca atrapada en una telaraña	227
«¡Enmiéndelo, antes de que sea demasiado tarde!»	244
«No he encontrado a un hombre mejor..»	261
«Seguirás perviviendo – en las tablas de la ley»	276

EL HOMBRE NATURAL
ANDRÉI PLATÓNOV

El agente de nuestros enemigos	283
<i>La novela técnica</i>	289
Un espía quinceañero	298
«¡Por la perdición de Stalin!»	302
De caza en el vedado revolucionario	310

DEUS CONSERVAT OMNIA
ANNA AJMÁTOVA

Una velada fatídica	322
Akuma	330
Gumilióvushka	336
«¡Clic!, y nuestro amigo Iósif desaparece...»	344
La única buena acción de Iósif Vissariónovich	348
Marchamos en fila, cantamos a coro	352
Gumiliov, hijo de Gumiliov	359

Creo que hice un descubrimiento...	364
Mitad monja, mitad ramera.	372
¡No pierda la desesperación!	381
Los científicos enjaulan a los científicos	385
La descendiente de Gengis Kan	390
¡Arrestad a Ajmátova!	396
«Los hunos, de acuerdo. Poesía, ni hablar»	404
Una vecina	411

EL PETREL EN LA JAULA
MAKSIM GORKI

La máscara y la cara	419
Los expertos en Gorki de la Checa.	434
En el lazo.	444
Asfixia entre abrazos	461
La antesala de la muerte	482
Después de la muerte.	508

UN FÁRMACO CONTRA LA DESMEMORIA
EPÍLOGO

La delación como género del realismo socialista	515
El Pájaro Carpintero	522
Los escritores de delaciones	528
Enmiendas en las enciclopedias	531
Lev Tolstói en la Lubianka.	537
Los lugares genuinos son el alma y la conciencia	541
A plena voz	551

PRÓLOGO

¿«Conservar a perpetuidad»?,
o ¿«Estrictamente confidencial»??

¿Cómo empezó todo? ¿Qué sucedió? ¿Cómo llegaron a mí los protagonistas de este libro –escritores, poetas y sabios, ascetas y *bon vivants*, vencidos y vencedores–: esclavos todos ellos de la libertad, de la ilusoria libertad nunca antes vista en la historia, que fue proclamada en la sexta parte de la tierra firme del planeta un día del siglo xx? ¿O fui yo quien salió a su encuentro?

La víspera del día de Año Nuevo de 1988 terminé un nuevo libro de poesía. Puse el punto final y me liberé de un peso. Al hacerlo, sentí un gran vacío dentro de mí, un agujero o un embudo de esos que no cierran de inmediato, sino que lo hacen con el tiempo, cuando cae en ellos la semilla de un nuevo proyecto. Miré a mi alrededor. La vida parecía impredecible.

Por primera vez desde 1917 en el país reinaba la incertidumbre. La perestroika bullía por todas partes. La inerte ciénaga social en la que habíamos estado atrapados se vio sacudida y se agitó. De repente, todos se percataron de que no podíamos continuar viviendo así, que era posible vivir de otra manera. Lo que no sabía nadie era cómo había que vivir. El podrido sistema soviético era incapaz de evolucionar, y así empezó su impetuosa y dolorosa descomposición, una agonía que, de una manera u otra, nos arrastró a todos. Una nueva era llamaba a la puerta.

Lo más importante de todo era cobrar conciencia, despertar de la sinrazón y la ausencia de derechos en las que habíamos vivido, recuperar la dignidad. Y recuperar la memoria, porque tanto nuestro pasado como nuestra historia nos habían sido incautados, primero, para sernos devueltos horrorosamente deformados, después, en un proceso que afectó también a la literatura. En la guerra que el poder entabló con su propio pueblo, la profesión de escritor fue de las más afectadas.

La palabra y la literatura han ocupado siempre un lugar prominente en la vida de los rusos. En Rusia, la literatura ha sido siempre más que

un mero arte y ha hecho las veces de un parlamento del que la sociedad se ha servido para compensar la carencia de un parlamento político. La literatura ha sido, pues, la voz de la conciencia y de la verdad. En Rusia se ha asesinado por las palabras: ¡así de alto se las cotiza! ¡Cuántos artistas de la palabra no han acabado subidos a ese Gólgota!

Pero el escritor tiene sus propias cuentas que ajustar con el tiempo. Su vida no termina con su muerte física. Mientras es leído sigue vivo. No es posible resucitar a todas las víctimas de la represión, pero a los escritores sí se los puede devolver a la vida. Para ello sólo hace falta darles la palabra. Y sus palabras se hallan en manuscritos, que tal vez estén sepultados en secretos depósitos u ocultos en archivos particulares que los libraron de la maléfica acción del KGB, mientras esperan su hora clamando por nosotros.

«Conservar a perpetuidad» y «Estrictamente confidencial» son las dos leyendas que figuran en los expedientes de las víctimas de la represión. ¿No habrá llegado la hora de distinguir entre lo que de veras merece la etiqueta de «Estrictamente confidencial» y devolvernos, devolver a la sociedad, lo que se debe «Conservar a perpetuidad», es decir, nuestra historia, nuestra cultura? Resulta evidente que sólo aquello que se convierte en patrimonio de la transparencia y, como tal, se lo conserva a perpetuidad, acaba salvándose del olvido.

Claro está que no se trata de tarea para un solo hombre. No se toma por asalto la Lubianka en solitario. Por eso escribí de prisa una carta, un llamamiento a los escritores:

Apreciados colegas:

Les remito la siguiente propuesta:

Durante los años de poder soviético se detuvo a unos 2.000 escritores, y cerca de 1.500 murieron en cárceles y campos de trabajo, mientras esperaban que les pusieran en libertad. Por supuesto, esas cifras son inexactas, pero por ahora es imposible precisarlas más. «Desearía nombrarlos a todos, pero se han llevado la lista y no se sabe dónde buscar información...», escribió Anna Ajmátova. Las circunstancias y las fechas de las muertes de estos escritores se silencian o se falsifican, sus biografías están rellenas de lagunas, y cuando se los cita en las enciclopedias y obras de consulta se aportan datos que no se corresponden con la realidad.

Hay algo aún más importante. A saber, que durante las detenciones, a estos escritores se les confiscaban sus manuscritos y sus archivos, que eran amontonados en depósitos secretos. Cabe la esperanza de que una parte de

esa documentación permanezca intacta. ¡Tratemos de salvarla! ¡Rompe-
mos el sello de la caja negra! Precisamente ahora, en estas condiciones de
democracia y transparencia incipientes, es el momento oportuno para ha-
cerlo, ya que albergamos la esperanza de que no estemos ante un mero
«deshielo», sino que asistimos a una auténtica primavera. ¡Comprobemos
de una vez por todas si es verdad que los manuscritos no arden! No resu-
citaremos a los muertos, pero podemos compensar el saqueo espiritual que
ha sufrido el pueblo. Es nuestra obligación hacerlo.

Sugiero que en el marco de la Unión de Escritores se cree una Comisión
especial que se ocupe de este sagrado asunto. Esta Comisión debe ser ele-
gida democráticamente, tras un debate general previo a la votación.

5 de enero de 1988

Bulat Okudzhava fue de los primeros en prestar su apoyo a la idea
de crear la Comisión. Nos reunimos en su casa para discutirla. Al en-
cuentro acudieron también el poeta Anatoli Zhigulin, antiguo recluso
en Kolymá, y Oleg Vasílievich Vólkov, patriarca de la literatura que
había pasado veintisiete años en los campos de trabajo y en el destie-
rro. Llamamos a los novelistas Kamil Ikramov y Yuri Davydov, dueños
también de una amarga experiencia carcelaria, y al reputado ensayista
Yuri Kariakin, quien, a pesar de no haber estado nunca entre rejas,
había sufrido un duro acoso por parte de las autoridades. Así forma-
mos una suerte de grupo impulsor.

Enseguida debimos enfrentarnos con un problema. ¿Cómo podría-
mos aunar a demócratas de convicción, enfrentados a la línea oficial de
la Unión de Escritores, y a la dirección de esta, integrada por orto-
doxos funcionarios comunistas de los que, como pudimos comprobar,
resultaba imposible prescindir?

Mi amigo, el poeta Vladímir Leónovich, me convenció:

—Tú deja que los «impíos» se entreguen a hacer buenas obras: es su
única oportunidad de mostrar que poseen un lado bueno...

Era imprescindible sumar también a escritores de otras repúblicas
de la Unión, de Leningrado, de Siberia, etcétera, para conseguir que
todo el país estuviera representado en la Comisión. A medida que se
nos sumaban escritores de la talla de Víktor Astafiev, Guevork Emin o
Chobúa Amiredzhibi el proyecto comenzaba a tomar otra dimensión.
Ahora ya contábamos con una base firme.

Hizo falta un año entero para que la descabellada idea que impul-
sábamos acabara de cuajar. Antes fue preciso atravesar una empaliza-

da erizada de púas burocráticas. No paraba de escuchar los «¡Eso es imposible!», «¡Eso no está permitido!», «¡Esas no son maneras de hacer las cosas!». O los «Espere un poco», «Eso tenemos que valorarlo primero», «Hemos de pedir consejo a los camaradas antes», etcétera.

Mi idea era empujada de un lado a otro como si de un balón se tratara, pero sólo se movía por la horizontal: ¡nadie se atrevía a mandar un pase hacia arriba! Iba de mesa en mesa y aunque en cada una de ellas había un teléfono, nadie tenía el arrojo necesario para marcar el número de la instancia capaz de desencallar el asunto, es decir, de llamar al Comité Central del PCUS o al propio KGB. ¡Como si fuera difícil imaginar dónde radicaba la solución!

Y no obstante, la idea acabó subiendo los escalones de la jerarquía soviética. Avanzaba insegura, pero no paraba de subir. De la mesa de la célula del Partido en la Unión de Escritores pasó al Comité metropolitano del Partido, de allí se encaramó al Comité Central del PCUS y de este, por fin, subió al Buró político. Allí arriba, la habría hundido sin remedio ese «adalid de todos los emprendimientos y logros» que es el Buró político, de no haber caído en la mesa de Aleksandr Yákovlev, el «arquitecto de la perestroika». Entonces sucedió el milagro. El decisivo empuje imprimido por Yákovlev desatascó el embrollo y la Fiscalía y el KGB recibieron la orden de propiciar la buena marcha de la iniciativa impulsada por los escritores. Nada habríamos conseguido sin ese impulso decisivo. ¡Habíamos sido atendidos por fin!

En diciembre de 1988 los periódicos anunciaron la creación de la Comisión para el estudio del legado literario de los escritores represaliados. Con la publicación de la resolución que establecía su nacimiento y la extensión de sus trabajos a todo el país, la Comisión adquiría estatus legal en el conjunto de la URSS. ¿Acaso yo podía imaginar entonces que pasaría muy poco tiempo antes de que desapareciera la URSS y junto con ella se esfumara la Unión de Escritores soviéticos?

No obstante, la idea alcanzaría a sobrevivir a esas desapariciones...

Cuando principiaron los trabajos de la Comisión, antes de la desaparición de la URSS y la Unión de Escritores, a las sesiones de trabajo acudían escritores llegados de todo el país y sostenían encendidas discusiones a lo largo de tempestuosos debates. De pronto resultó que por todas partes, desde el Báltico hasta el océano Pacífico, había entusiastas que recopilaban y cuidaban con mimo la memoria del período más

trágico conocido por la historia de nuestra literatura. No paraban de llegar cartas y envíos postales. El teléfono sonaba constantemente. La gente nos enviaba y nos traía poemas, relatos, recuerdos, documentos, fotografías y dibujos; llegaban de distintas ciudades para ofrecernos lo que habían escrito y escondido durante años y durante décadas, bajo la amenaza de los registros y las detenciones. Había textos propios y de terceras personas que los habían entregado para que otros los guardaran; también había textos de escritores conocidos, poco conocidos o absolutamente desconocidos que se habían conservado por casualidad. «¡Tenedlos, imprimidlos! ¡Confiamos en vosotros y sabemos que ya nadie nos quitará esto, que ya nadie lo destruirá!», nos decían.

Lo mejor de todo lo que nos entregaban lo publicábamos enseguida en diarios y revistas. También publicamos recopilaciones en forma de libro. La maquinaria editorial trabajaba a marchas forzadas. La palabra reprimida, la palabra secreta, comenzaba a abrirse paso por fin hacia los lectores. Como en los versos de M. Lomonósov: «Se abrió el abismo y se vio que estaba lleno de estrellas / No hay modo de contar tantas estrellas juntas en el fondo del abismo».

También prestaban oídos quienes nos veían como sus enemigos, los que tomaron parte en la represión o la justificaban. Ajmátova tuvo razón cuando dijo que un día las dos Rusia tendrían que mirarse a los ojos, «la Rusia que encarcelaba y la que fue encarcelada». Verdugos y chivatos se paseaban a sus anchas entre nosotros, y, al contrario que sus víctimas, rebosantes de salud y con una larga esperanza de vida. Desde sus opulentos apartamentos y dachas veían transcurrir la perestroika mientras anhelaban su pronto final.

—¡No tienen ningún derecho a entrometerse! ¡Pronto se arrepentirán!
—clamaban voces anónimas que llamaban a la sede de la Comisión.

También había escritores en las filas de nuestros detractores. Temían que sus nombres afloraran si se nos abrían los archivos de la Lubianka, conscientes de que entonces sus esforzados afanes literarios en el género de la delación encontrarían un sinnúmero de lectores. Con todo, la mayoría de quienes se mostraban reacios a respaldar nuestra iniciativa eran inquebrantables e incurables estalinistas que actuaban por convicción.

La trágica lista con los primeros treinta nombres del martirologio de nuestra literatura, acompañada de mi solicitud firmada, arribó por fin

al Buró político del Comité Central, desde allí partió a la Fiscalía y, seguidamente, llegó por fin al KGB.

Isaak Bábel, Artiom Vesioli, Aleksandr Voronski, Nikolái Gumi-lioy, Iván Katáyev, Nikolái Kliuev, Mijaíl Koltsov, Ósip Mandelstam, Borís Pilniak, Iván Pribludni, Dmitri Svyatopolsk-Mirski, Pável Florenski, Aleksandr Chayanov...

La Lubianka es una fortaleza que se alza en el centro de Moscú, un conjunto híbrido y compacto de macizos y colosales edificios revestidos de granito, comunicados por corredores elevados y pasillos subterráneos, lleno a rebosar de escaleras y rodeado de coches negros que se arraciman a su alrededor como escarabajos. Enfrente, en el centro de la plaza desde la que parten las calles que conducen a los teatros y los hoteles, hacia el Maniezh y la universidad, se levantaba el monumento a Féliks Dzerzhinski. Firme como una bayoneta, la figura del Féliks de Hierro llevaba un capote hasta los talones y, recortada contra el cielo, extendía desde las alturas su mirada penetrante sobre la agitada metrópolis.

Todos y cada uno de los ciudadanos de nuestro inmenso país éramos conscientes de que nuestras vidas eran minuciosamente escrutadas desde allí, que en cualquier momento la Lubianka podía inmiscuirse en nuestras vidas y disponer de nosotros a su antojo. Nadie podía escurrir el bulto.

¡Cuántos destinos había destrozado y aniquilado esa factoría de miedo y de muerte! ¡Cuántas almas no se malograron y pudrieron entre sus muros! La Lubianka acribilló nuestra historia con ráfagas de ametralladora: Checa, OGPU, NKVD, MGB, KGB...[†] Entre los más de doscientos millones de personas que habitaron nuestro país, no hubo uno solo que estuviera a salvo, uno solo que quedara al margen. A la Lubianka la padecieron todos de un modo u otro, y los que no murieron, vivieron con la conciencia mutilada, el corazón destrozado, el conocimiento distorsionado. Nadie pudo ser plenamente libre, sentirse persona del todo.

[†] Se trata de las sucesivas siglas que designaban a los órganos encargados de la Seguridad del Estado, y la represión política, en la URSS. Cheka, o Checa, por la Comisión extraordinaria (1917-1922); GPU, por la Dirección política estatal (1922-1923); OGPU, por la Dirección política estatal unida (1923-1934); NKVD, por el Comisariado del Pueblo de Interior (1934-1943); MGB, por el Ministerio de la Seguridad del Estado (1946-1954); KGB, por el Comité de la Seguridad del Estado (1954-1991). (*N. del E.*)

Las piedras de la Lubianka rezumaban hostilidad, despedían un frío mortal. Las cortinas corridas sobre sus ventanas parecían ojos ciegos afectados de cataratas. Jamás me pasó por la cabeza que un día entraría a aquel edificio y hasta me vería trabajando en su interior entregado a la lectura y relectura de documentos históricos bañados en sangre y lágrimas en busca de la verdad, la salvación, el renacimiento de la Palabra cautiva.

Mi «descabellada idea» tardó un año en imponerse. Después hubo de pasar otra año más hasta que pude acceder al primer expediente guardado en la Lubianka. Mostrar documentos no es una tarea que forme parte de las obligaciones habituales de los guardianes de los secretos de Estado. De hecho, nos habíamos aparecido en sus predios con un propósito abiertamente opuesto al suyo: queríamos mostrar lo que ellos llevaban años escondiendo con afán. ¿Acaso iba a ser sencillo pasar por encima del mandato estatal resumido en la leyenda «Estrictamente confidencial»? La ley había caducado, era ya un total anacronismo y, sin embargo, continuaba sujetando a la vida con sus grilletes. ¿Cómo sortearla? Había llegado la hora de apartar de nuestra historia a los buitres que la sobrevolaban.

Desde la ruidosa y sofocante plaza, tres puertas macizas dan acceso al fresco y amplio vestíbulo. Los escrupulosos centinelas comprueban mi pase y examinan con atención mi pasaporte. En lo alto de una amplia escalinata hay un busto blanco de Yuri Andrópov. Avanzamos por un pasillo interminable de techo alto –incluso se lo podría recorrer en bicicleta o a caballo– con filas de puertas a ambos lados. Reina la calma. El edificio parece desierto. A juzgar por su aspecto, el escenario se ha mantenido inalterable. ¿Acaso no ha cambiado nada?

Un pequeño despacho de la tercera planta. Las cortinas blancas ocultan la vista de la calle. Una gruesa carpeta de color amarillento reposa sobre el escritorio.

El coronel Anatoli Krayushkin, a quien se ha encargado ocuparse de nuestro asunto, dice en tono burlón:

–Creo que usted es el primer escritor que entra aquí por propia voluntad... ¿Dónde lo podríamos sentar?¹

Nuestras miradas se cruzaron y nos echamos a reír.

1. Juego de palabras con el verbo посадить (*posadit'*) que vale tanto por «hacer sentar» como por «encarcelar».

—¿Cómo puedes ir a ese edificio? ¿Cómo puedes hacer tratos con esa gente? —me solían preguntar.

Es cierto que yo iba allí, sí, pero no a verlos a ellos. Acudía a visitar a los cientos de escritores que fueron detenidos y condenados a la cárcel y la muerte, escritores que ya no podían defender su legado por sí mismos. Y también iba a ver a los cientos que, aunque nunca fueron encarcelados, fueron perseguidos por la Lubianka durante toda la vida...

Allí estaba la gruesa carpeta de color amarillo... Isaak Bábel fue la primera persona a cuya tragedia pude asomarme.

«Pido que se me escuche...»
Isaak Bábel

EL ARRESTO

Quince de mayo de 1939. Amanece. Moscú aún duerme acunada por el trino apacible de los pájaros. De tarde en tarde una corneja lanza un graznido mientras un portero arrastra la escoba por el pavimento. De nuevo reina el silencio.

A las cinco, las puertas de hierro de la Lubianka se abren y sale un coche de servicio. No va muy lejos, se dirige a Chistie Prudí, al callejón de Nikolo-Vorobinski. Unos cuantos militares bajan del coche delante del número 4, sin prisas encuentran el piso que andan buscando y llaman a la puerta.

Les abre una joven soñolienta.

—¿Está el dueño en casa?

—No, está en la dacha. ¿Qué quieren?

—Recoja sus cosas, iremos a buscar a su marido...

El coche circula a toda velocidad por la carretera de Minsk, gira en dirección a Peredélkino, la zona de dachas de escritores.

Se detienen enfrente de la casa; entran. El dueño aún está durmiendo en su habitación. Su mujer llama a la puerta, y tan pronto como se asoma en el umbral, los desconocidos se abalanzan sobre él.

—¡Manos arriba! —Lo cachean de arriba abajo buscando armas—. ¡Está usted arrestado!

Es probable que el dueño de la dacha hubiera descrito una escena semejante en un libro sobre los chequistas si se lo hubieran permitido. Pero esa mañana del mes de mayo, este maestro de la literatura soviética de fama mundial acababa de convertirse en un detenido desprovisto de derechos. El escritor se había encarnado en la piel de uno de sus personajes y tenía que hacer todo el recorrido, pero no sobre el papel, sino en la vida real. De ahora en adelante, con la ayuda de los diligentes coautores y redactores del NKVD, se verá obligado a cumplir un

«encargo social» y representar el papel de su doble, el papel de espía y terrorista, de enemigo del pueblo. Dicha obra será una fantasmagoría con final trágico, y el autor-protagonista no morirá en la ficción, sino en la vida real. Y ya no será posible reescribirla, corregirla o rehacerla, porque la vida, como todos sabemos, no emplea borradores, se escribe sólo una vez y al momento se disipa.

Los nombres de los personajes y de los acontecimientos referidos aquí tampoco son inventados, sino auténticos. Se describen tal como fueron en realidad.

El escritor se llamaba Isaak Bábel. Lavrenti Beria, comisario del Pueblo de Interior, había cursado la orden de arresto, y sus fieles subordinados, con el suboficial Nazárov a la cabeza, se encargaron de la operación.

Mientras duró el registro, Bábel y su mujer se quedaron sentados sin abrir la boca, cogidos de las manos. Observaron cómo amontonaban y empaquetaban los papeles: nueve carpetas de manuscritos, libretas de notas, cartas: el trabajo del escritor ingresaba en prisión junto con él.

—No me habéis dejado terminar mi trabajo —dijo Bábel. Y musitó a su mujer—: Avisa a Andréi. —Aludía a su amigo André Malraux.

Durante el trayecto, Bábel, que trataba de bromear, preguntó a sus escoltas:

—No deben de dormir mucho, ¿verdad? —Y de nuevo a media voz le dijo a su mujer—: Procura que a nuestra hija no le falte nada, te lo ruego...

Las puertas de la Lubianka engullieron el coche. Durante quince años —hasta 1954— no se tuvo ninguna noticia cierta sobre Bábel.

También registraron su piso de Moscú. Se llevaron: quince carpetas de manuscritos, dieciocho blocs y libretas de notas, 517 cartas, postales y telegramas, un total de 254 hojas dispersas... Incluso deshojaron las páginas de libros con dedicatorias.

Ahora ya sabemos qué patrimonio de Bábel fue a parar a la Lubianka, ¡y podemos cifrarlo en varios tomos!

Tampoco Bábel se libró del registro. Se quedaron con sus documentos de identidad, con las llaves de su casa e incluso con ciertos objetos sin valor pero indispensables: pasta dentífrica, crema de afeitar, unos tirantes, unos elásticos para los calcetines, una jabonera, una esponja

de baño y, como reza el recibo adjunto con el expediente, «una correa gastada de unas sandalias usadas»...

No permitieron que el detenido tuviera la mínima posibilidad de despedirse de esta vida. Lo tenían todo calculado y concebido de antemano: al desvestirlo y hacer que se quedara medio desnudo, lo despojaban de los últimos signos del mundo material que lo unían con su existencia diaria, con su familia, para convertirlo en un individuo desprotegido e insignificante: ¿quién se creía que era, solo, sucio y sin afeitar, con los pantalones caídos y los zapatos sin nada que los sujetara, ante el poder destructor de todo un Estado?

A continuación, le hicieron unas fotografías, le tomaron las huellas dactilares y le dieron un impreso para que lo cumplimentara. No era un simple trámite: es imposible que no le pasara por la cabeza que esas fotografías podían ser las últimas de su vida, y que al tomarle las huellas insinuaban que era un delincuente. Con el impreso parecían decirle: «Venga, suéltanos tu vida, que nosotros ya nos encargaremos de saber si vale lo que pesa, si no esconde manchas sospechosas...».

Nacido en 1894, en Odesa. Escritor. No adscrito a ningún Partido. Judío. Últimos lugares de trabajo: Soyuzdetfilm, Goslitizdat.* Estudios: superiores, Instituto de Comercio de Kiev...

Miembros de la familia. Padre: comerciante, murió en 1924. Madre: Fania Arónovna Bábel, setenta y cinco años, ama de casa, vive en Bélgica. Esposa: Antonina Nikoláyevna Pirozhkova, treinta años, ingeniera del Metrostroi.** Hijos: Lidia, dos años; Natalia (de su primera esposa), diez años (vive en Francia). Hermana: María Sháposhnikova, cuarenta y dos años, vive en Bélgica.

El trámite se lleva a término de acuerdo a lo establecido. Al día siguiente, el 16 de mayo, el detenido Bábel fue de nuevo introducido en un coche y conducido fuera de la ciudad, a un lugar aún más aislado, la prisión más terrible del NKVD, Sujánovka, especializada en torturas, con objeto de «trabajarlo».

Aquí es donde le harán confesar.

* Soyuzdetfilm es el acrónimo de los Estudios Cinematográficos Infantiles de la Unión [Soviética]. Goslitizdat es la Editorial Literaria del Estado. (*N. de los T.*)

** Acrónimo del consorcio encargado de la construcción del metro de Moscú. (*N. de los T.*)

La primera acta del interrogatorio está fechada los días 29-31 de mayo. Probablemente con anterioridad fue sometido a interrogatorios, pero no se mencionan en el expediente, ya que no debían de ser relevantes para la investigación.

«INSTRUCCIÓN ACTIVA»

Finalmente, el 29 de mayo Bábel fue conducido ante los instructores del caso, Shvartsman y Kuleshov.¹ Durante tres días y tres noches seguidas no le dejaron un solo instante de paz, hasta arrancarle una confesión. La faena era dura, pero se trataba de expertos consumados, que iban trabajando por turnos para tomarse los necesarios descansos. Fueron sin duda los días más terribles de la vida de Bábel.

Acta del interrogatorio del detenido I. E. Bábel,
días 29, 30 y 31 de mayo de 1939

Pregunta. Ha sido usted detenido por sus actividades antisoviéticas y por traición. ¿Se considera culpable de estos cargos?

Respuesta. No, no me considero culpable.

P. ¿Cómo hay que considerar su declaración de inocencia ante la evidencia de su detención?

R. Creo que mi detención es fruto de una fatal confluencia de circunstancias y la consecuencia de mi esterilidad creadora, que ha hecho que en los últimos años no se haya publicado ninguna obra mía suficientemente destacada, lo que bajo las normas soviéticas puede considerarse como sabotaje y abandono de la escritura.

P. ¿Quiere decir que ha sido detenido por ser escritor? ¿No le parece a usted que esta explicación de arresto es hartó ingenua?

R. Tiene razón, por supuesto, no es normal detener a un escritor por su inactividad y su esterilidad.

1. L. L. Shvartsman (Arónovich) (1908-1955), antiguo periodista, colaborador del Departamento Político Secreto del NKVD. En 1952 fue ascendido a coronel de la Seguridad del Estado y se desempeñaba como adjunto al jefe de la Unidad de seguimiento del Ministerio para la Seguridad del Estado de la URSS. Tras ser arrestado, simuló demencia e implicó en sus actividades a decenas de sus colegas. Fusilado. N. A. Kuleshov (1909-1970), teniente de la Seguridad del Estado.

P. Así pues, ¿cuál es la verdadera razón de su arresto?

R. A menudo he estado en el extranjero y he mantenido trato amistoso con destacados trotskistas...

P. Trate de explicar, ¿por qué un escritor soviético como usted se dejó captar por los círculos de enemigos de este país, al que representaba fuera de sus fronteras?... No le queda otra salida que reconocer sus actividades delictivas y de traición...

En ese punto, el instructor pone encima de la mesa las confesiones del escritor Borís Pilniak y de Stetski,¹ jefe del Departamento de Cultura y Propaganda del Comité Central del VKP(b)* (los dos ya habían sido fusilados) y empieza a leerlas. En ellas se describe a Bábel como trotskista, pero de pasada y sin concretar nada. No hay hechos. «¡Reconozca estas evidencias, no espere a que desvelemos nuevos cargos!»

Sólo podemos suponer cómo se desarrolló en realidad este interrogatorio. El resultado lo tenemos ante nuestros ojos: el acta manipulada por los instructores, en la que el auténtico Bábel sólo da signos de presencia con su firma al pie de cada página. Lo que nos deja estupefactos es el falso principio del interrogatorio, donde el propio acusado debe argumentar el motivo de su detención y demostrar su culpabilidad. ¡En esto estriba precisamente la originalidad de la justicia soviética!

¿Qué culpa pesa sobre él? El único crimen que está dispuesto a reconocer es su esterilidad creadora, aunque no sea verdad: publicaba poco, pero es evidente que, por el número de manuscritos que le confiscaron, escribía mucho. No se manifestaba en contra del poder soviético; sólo servía a su genio, a su vocación, ante todo era un artista. Pero para el régimen eso ya suponía una traición y un delito.

Los recursos y los métodos que empleaban en Sujánovka para lograr sus fines son hartamente conocidos: intimidaciones, palizas y las torturas más sutiles, incluidas las psicológicas, como por ejemplo la amenaza de tomar represalias con la familia. Si uno de estos métodos fallaba, se empleaba otro, pero al final cumplían su cometido. Bábel conocía la crueldad de los chequistas no sólo de oídas. Durante el tiempo que trabajó como traductor en la Checa de Petrogrado fue testigo de innumerables interrogatorios y ejecuciones, y pudo recopilar un ingente

1. A. I. Stetski (1896-1938). Dirigente del partido. Fusilado.

* Siglas del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética (1925-1952). (*N. de los T.*)

material sobre las atrocidades de la Revolución. Durante toda su vida, el escritor nunca abandonó su profundo interés por esta cuestión y amasó sus relatos con lágrimas y sangre con maestría inigualable. ¿Acaso no fue él quien tiempo atrás había dicho que se comían *La Internacional* con pólvora y sazónada con la mejor sangre? Ahora necesitaban también su propia sangre...

Por muy gruesos e impenetrables que fueran los muros de la prisión, por mucho que se esforzaran en ocultar lo que sucedía en los despachos de los instructores, los gritos han llegado hasta nosotros. En el expediente del detenido Vsévolod Meyerhold¹ se ha conservado una carta que dirigió a Mólotov, presidente del Sóviet de Comisarios del Pueblo, un documento conmovedor que revela la mecánica para lograr «confesiones veraces».

[...] Los instructores emplearon conmigo, el acusado, métodos físicos; me pegaron, a mí, un viejo enfermo de sesenta y cinco años: me obligaron a tenderme en el suelo boca abajo y me golpearon con una correa de goma en los talones y en la espalda; cuando me senté en la silla, me pegaron con saña en las piernas con la misma correa. Días después, cuando mis piernas mostraban abundantes signos de hemorragias internas, me aporrearon de nuevo con la correa sobre esos mismos moretones rojos, azules y amarillos, y me dolía de tal manera que parecía que me estuvieran vertiendo agua hirviendo por las zonas más sensibles y doloridas de mis piernas, y me puse a gritar y a llorar de dolor. Me golpearon en la espalda con la correa, me partieron la cara a guantazos... Acompañaron estos golpes de «ataques psicológicos», y sentí un terror tan absoluto, que mi naturaleza se vio afectada hasta en lo más hondo de mi ser: mi tejido nervioso llegó a rozar el tegumento; la piel se volvió tierna y sensible como la de un bebé; los ojos derramaban torrentes de lágrimas causadas por el insopportable dolor físico y moral. Mientras estuve tendido boca abajo, descubrí mi capacidad de enroscarme y convulsionarme, así como de aullar como un perro a quien su amo pegara con un látigo. Una vez, el guardián que me acompañaba de vuelta a la celda tras un interrogatorio, al ver el temblor nervioso que recorría mi cuerpo, me preguntó: «¿Tienes la malaria?». Cuando me eché sobre mi camastro y me dormí, después de un interroga-

1. V. E. Meyerhold (1874-1940). Director teatral, artista del Pueblo. Miembro del Partido Bolchevique desde 1918. Entre 1920 y 1938 dirigió el teatro que lleva su nombre en Moscú. Fusilado.

torio de dieciocho horas y a la espera de volver a ser interrogado al cabo de una hora, me despertó mi propio gemido y las convulsiones que movían mi camastro, como les ocurre a los enfermos que mueren de fiebres.

La aprensión provoca miedo y el miedo, reacciones de autodefensa.

«La muerte (¡oh, sin duda!), la muerte es más llevadera que todo esto», se repite el acusado. Yo también me lo dije. Y me autoinculpé con la esperanza de que mis acusaciones me llevaran al patíbulo...

Vsévolod Meyerhold fue detenido al mismo tiempo que Bábel, y sus interrogatorios fueron instruidos por los mismos oficiales; por Shvartsman, por ejemplo, maestro consumado de la tortura, cuyo nombre figura en las actas de los interrogatorios de Bábel y de Meyerhold.

No hay duda de que también a Bábel le aplicaron la «investigación activa» –vago y decoroso eufemismo con que designaban sus métodos a viva voz entre ellos–, a pesar de que, como es lógico, este hecho no se refleja en las actas de los interrogatorios. De otro modo no puede explicarse cómo Bábel, quien desde un principio negó rotundamente su culpabilidad, de pronto y sin ningún motivo aparente... se «confiese culpable». A partir de ese momento Bábel se transforma en enemigo del pueblo.

Más de una vez contempló la posibilidad de que lo arrestaran. Un día, en la dacha de Gorki, preguntó directamente al propio Yagoda:

–Guénrij Grigórievich, dígame, ¿cómo hay que actuar si uno cae en sus garras?

–Niéguelo todo –respondió el jefe de la Lubianka–. Sea cual sea la acusación que le imputemos, tiene que decir «no», sólo «no», negarlo todo, porque entonces nos quedamos sin argumentos...

Esperaba que lo detuvieran y, sin embargo, no estaba lo suficientemente preparado. Hay límites más allá de los cuales una persona ya no responde de sus actos.

«No tiene sentido que siga negando mi grave falta para con el Estado soviético», dijo de pronto.

Desde ese momento, la acción se desarrolla siguiendo el guión habitual. En esa terrible función, a las órdenes de un director que no por invisible y sin rostro es menos todopoderoso, el acusado y el instructor representan el trotskismo, el terror, el espionaje; actúan mal, son intérpretes mediocres, pero cuanto peor lo hagan, mejor, ya que es el teatro del absurdo.

«Estoy decidido a darles pruebas exhaustivas», dice Bábel.

Y se las da. Paralelamente a las conversaciones directas con los instructores del caso, Bábel toma notas de su puño y letra en forma de declaraciones. Pero incluso en estas son evidentes los indicios de la férrea voluntad de un tercero: en las hojas hay preguntas escritas por el propio instructor. Así, aunque están escritas por la mano de Bábel, no son apuntes dictados por su pensamiento. Forman parte de la primera etapa de su doloroso interrogatorio. Al comparar los textos, en muchas ocasiones saltan a la vista no solamente coincidencias en el contenido, sino también repeticiones literales de algunas frases, de períodos enteros, lo que significa que las declaraciones autógrafas sirvieron de borrador para la versión final del acta del interrogatorio, que redactaron como mejor les convino. Los instructores excluyeron de esa versión los pasajes donde Bábel negaba su culpabilidad, eliminaron todo lo que podía servirle de circunstancia eximente, todo lo que afianzaba su autoridad como escritor soviético –tal es el caso de su relación personal con Gorki y Mayakovski–, y en general suprimieron todo lo positivo que contenía su biografía. A su vez, sacaron a relucir y subrayaron los actos comprometedores. Omitieron importantes observaciones y conclusiones de Bábel, en las que el escritor demostraba estar muy por encima del nivel intelectual del instructor. No es casual que en el expediente se echen en falta las actas originales del interrogatorio; sólo hay copias mecanografiadas, sin la fecha del inicio y del final del mismo. Durante el proceso de rehabilitación de Bábel en 1954, la Fiscalía hizo hincapié en que se había cometido una infracción jurídica.

El comisario del Pueblo de Interior, Beria, calificó las actas de los interrogatorios que redactaron sus secuaces Shvartsman y Rodos¹ –ambos participaron en la instrucción del caso Bábel– como «auténticas obras de arte», y lo mismo declararon ellos cuando se sentaron en el banquillo de los acusados. Aunque sólo a partir de su formación podemos conocer con más claridad qué tipo de «genios del arte» eran: Lev Arónovich Shvartsman sólo llegó a terminar el séptimo curso de la escuela, y en cuanto a Borís Veniaminovich Rodos, aún le fue peor: estudió hasta cuarto curso (en su súplica de indulto incluso

1. B. V. Rodos (1905-1956). Coronel. Colaborador del Departamento de Investigación del NKVD. Al término de la guerra, trabajó como instructor en la Escuela Superior del Ministerio del Interior. Fusilado.

tuvo la desvergüenza de confesar: «Soy un ignorante»). A pesar de todo, después de la guerra Rodos impartió clases en la Escuela Superior del Ministerio del Interior y escribió manuales sobre cómo «“trabajar” a los detenidos en los interrogatorios». En el proceso que se le incoó en 1956 le preguntaron a qué se dedicaba un tal Bábel, cuyo caso instruyó él.

–Me dijeron que era escritor.

–¿Ha leído usted una sola línea escrita por él?

–¿Para qué?

LA DECLARACIÓN MANUSCRITA

Sólo podemos imaginar los singulares «martirios de la creación» que Bábel sufrió en la Lubianka, en su celda y en el despacho del instructor. Nunca había escrito una obra de tal envergadura: tenía que «reinventarse a sí mismo» como un ser irreal y fantástico para lograr la salvación que seguramente se le prometió, debía imaginar cómo los trotskistas le habían influido de modo perjudicial y cómo a su vez él había ejercido una perniciosa influencia sobre otros, tenía que transformarse por completo, hasta en los nimios detalles de su vida íntima. No era una tarea fácil: para empezar traza un plan, lo rehace, elabora múltiples borradores, los tacha, los reconstruye, en distintas ocasiones retoma la misma idea desde diversos planteamientos...

A través de la mentira forzosa se cuelan las sombras de la confesión, destellos de un profundo pensamiento interior: son intentos de salir del esquema fijado. Refulgen frases fragmentarias, misteriosas: «Desarrollar mis pensamientos... Contra la brutalidad, una persona buena y alegre... He entendido que mi trama... es el relato de la vida de una persona “buena” durante la Revolución...».

Al recordar sus encuentros con Bábel en París, el historiador Borís Suvarin refiere la siguiente conversación:

–¿Cree que en su país existen obras literarias de calidad que no pueden publicarse por culpa de la situación política? –le preguntó Suvarin a Bábel.

–Sí –respondió Bábel–, se hallan en la GPU.

–¿Cómo es eso posible?

–Después de detener a un intelectual, cuando está en su celda, le dan papel y lápiz y le dicen: «¡Escribe!».

Fue así como sucedió. Durante tres días seguidos Bábél escribe y habla, habla y escribe. Sus declaraciones, tanto las de su puño y letra como las que recoge el acta del interrogatorio, son una especie de memorias en las que, si se separa la verdad de la mentira (y es tan fácil disociarlas como el agua y el aceite), Bábél nos cuenta muchas cosas verdaderas e interesantes sobre esa época y sobre él mismo. A continuación seguiremos el curso del interrogatorio a través de las actas y de sus declaraciones autógrafas, ya que son documentos paralelos que se complementan entre sí, y sólo mediante una lectura simultánea se puede obtener un cuadro más o menos completo.

Mis primeros relatos fueron publicados en la revista *Létopis* [La crónica] durante 1916, cuyo redactor era M. Gorki –leemos en sus declaraciones autógrafas–. Narro mi encuentro con él en mi crónica *El principio*. La Revolución y la guerra civil interrumpieron mi actividad literaria, que retomé en 1922 cuando empecé a publicar en los periódicos de Odesa y Kiev algunos textos basados en mis experiencias en el Primer Ejército de Caballería. Reuní todos estos artículos en el libro *La caballería roja*. En 1923 me lo llevé a Moscú: una pequeña parte se la di a Mayakovski para que la publicara en *Lef** y el resto lo publicó Voronski en *Krásnaya Nov* [El erial rojo]...

A partir de este momento empieza la biografía de Bábél en el acta del interrogatorio.

Bábél: En 1923 salió a la luz mi primera obra, *La caballería roja*, que en gran parte también apareció publicada en la revista *Krásnaya Nov*. Su redactor, el destacado trotskista Aleksandr Konstantinovich Voronski, me trató con una deferencia extraordinaria, escribió diversas reseñas elogiosas sobre mis obras literarias y me introdujo en su círculo de escritores... Voronski mantenía estrechas relaciones con los escritores Vsévolod Ivánov, Borís Pílniak, Lidia Seifúlina, Serguéi Yesenin, Serguéi Klichkov y Vasili Kazin. Más adelante, Leonid Leónov se incorporó al grupo de Voronski y luego, tras escribir sus *Dumas*² sobre *Opanás*, hizo lo propio Eduard Bagritski.

* Nombre de la revista que publicaba el movimiento homónimo, el Frente del Arte de Izquierdas (LEF), formado por el propio Mayakovski, Kámenski, Ródchenko, Tatlin, Shklovski, entre otros. (*N. de los T.*)

** Género literario popular que trata sobre temas cívicos y políticos. (*N. de los T.*)

Oficial de instrucción: No trate de ocultar el espíritu antisoviético de sus encuentros y contactos con Voronski mediante chismes literarios. ¡No le servirá de nada!

B: Al principio, Voronski nos decía que éramos la sal de la tierra rusa; trataba de convencernos de que los escritores sólo tienen derecho a mezclarse con las masas para obtener de ellas las observaciones que les hacen falta. Pero pueden crear al margen de las masas y del Partido, porque, según Voronski, no es el Partido quien educa a los escritores, sino los escritores quienes educan al Partido...

»Un buen día de 1924 en que Voronski me invitó a su casa, me comunicó que Bagritski iba a leer la obra que había terminado de escribir recientemente, sus *Dumas sobre Opanás*. También estaban invitados los escritores Leónov, Ivánov y Karl Rádek. Al atardecer nos congregamos para tomar el té. Voronski nos advirtió que había invitado a Trotski a la lectura. Este llegó pronto, acompañado de Rádek. Después de escuchar el poema de Bagritski, Trotski expresó su aprobación y luego empezó a interrogarnos uno a uno sobre nuestros proyectos artísticos y sobre nuestras vidas. Acto seguido, pronunció un interminable discurso en el que nos exhortaba a conocer más de cerca la nueva literatura francesa.

»Recuerdo que Rádek intentó desviar la conversación hacia el terreno político, al decir: “Este poema debería publicarse y difundirse en una edición de 200.000 ejemplares, pero es poco probable que nuestro querido Comité Central lo haga”. L. Trotski le lanzó una mirada severa y la conversación se centró de nuevo en los problemas literarios. Trotski nos preguntó si dominábamos lenguas extranjeras, si estábamos al corriente de las novedades de la literatura occidental, ya que, en caso contrario, no creía posible un ulterior desarrollo de la literatura soviética... Fue la última vez que vi a Trotski.

O: Reproduzca el contenido completo de las conversaciones que mantuvieron el grupo de escritores citados.

B: En 1928, en el piso de Voronski, en presencia de Pilniak, Ivánov, Seifúlina, Leónov y yo mismo, además de los trotskistas Láshevich y Zorin,¹ se habló de que la salida de Voronski de *Krásnaya Nov* suponía una pérdida irreparable para la literatura soviética y que la gente que se le oponía no podría, por su ignorancia y su escaso carisma, reunir a su alrededor a los más destacados representantes de la literatura soviética, como

1. M. M. Láshevich (1884-1928). Militar y dirigente del Partido. S. S. Zorin (Gombarg) (1891-1937). Dirigente del Partido y los Sóviets. Fusilado.

Voronski sí lograba hacer con tanto éxito. Recuerdo, en esta misma época, los irritados ataques de Láshevich contra el Comité Central del Partido por su errónea gestión en el ámbito de la literatura, el ambiguo silencio de Ivánov y la escandalosa y sincera indignación de Seifúlina, así como la preocupación de Pilniak... Por entonces se proyectó la publicación de la colección *Pereval* [El paso] y del almanaque *Krug* [El círculo], que Voronski dirigiría para competir con *Krásnaya Nov*, que había pasado a otras manos. Todos nos comprometimos a colaborar en estas nuevas publicaciones.

»De forma inevitable, las conversaciones literarias en el piso de Voronski derivaban en política, y se hacían analogías entre el destino de la literatura y la suerte del país: el ostracismo que sufrían los trotskistas causaba a este último daños irreparables.

»Voronski fue destituido como redactor de *Krásnaya Nov* y desterrado a Lípetsk por trotskista. Allí enfermó, fui a visitarle y pasé unos días en su casa... Recuerdo que, durante esa visita, Voronski me contó que la víspera del día de su partida, le telefoneó Ordzhonikidze conminándole a que fuera al Kremlin. Estuvieron varias horas hablando como viejos amigos, recordando los años que pasaron juntos en el destierro antes de la Revolución. Después, mientras se despedían, Ordzhonikidze le dijo: “Aunque seamos enemigos políticos, démonos un beso. Estoy enfermo del riñón, quizá ya no volvamos a vernos...”.

Lo más interesante del acta no son las respuestas de Bábel, determinadas por el oficial de instrucción, sino lo que el escritor añade por cuenta propia. Aquí es donde se citan personas vivas, relaciones y acontecimientos reales con toda su complejidad, aunque el oficial le interrumpa enseguida para retomar el curso del interrogatorio. No podemos olvidar en ningún momento que lo que se desarrolla ante nuestros ojos es pura falsificación, una media mentira con atisbos de verdad. El oficial instructor distorsiona intencionadamente la voz de Bábel y parece que el lenguaje se resiste a la agresión, pero después se atasca y acaba por sucumbir.

Mi constante relación con los trotskistas ha tenido sin duda una influencia nefasta en mi obra literaria –proclama el acta en lugar de Bábel–, me ha ocultado el auténtico rostro del país soviético, y me ha conducido a la crisis espiritual y literaria que he sufrido durante muchos años. La afirmación de los trotskistas según la cual el proletariado no necesita Estado, o, en

todo caso, que el tema de la construcción de dicho Estado no ofrece ningún interés para la literatura, así como la idea de que todas las actuaciones del Estado soviético tienen un carácter temporal, relativo e inestable, y su profecía de una catástrofe cercana e ineludible, alojaron en mi interior, de forma inevitable, un sentimiento de desconfianza ante los acontecimientos, me contagiaron de su nihilismo, me hicieron consciente de mi excepcionalidad y me pusieron en contra de los proletarios y campesinos...

El oficial instructor exige que sea más concreto y Bábel empieza a denigrar su propia obra:

La caballería roja me sirvió de pretexto para expresar el espantoso estado de ánimo en que me encontraba, que no tenía ninguna relación con lo que estaba sucediendo en la Unión Soviética. De ahí que destacara la descripción de las crueldades y absurdos de la guerra civil, de ahí esa artificial inclusión de elementos eróticos, esa sucesión de episodios escandalosos y violentos, y de ahí también mi olvido del papel que el Partido representó en la formación de esa unidad regular y considerable del Ejército Rojo que era el Primer Ejército de Caballería, formado por cosacos que por entonces aún no estaban lo bastante impregnados de mentalidad proletaria.

En cuanto a mis *Relatos de Odesa*, reflejaban indudablemente ese mismo deseo de distanciarme de la realidad soviética, de contraponer a la realidad cotidiana del trabajo el mundo casi mítico y peculiar de los bandidos de Odesa, cuya imagen romántica invitaba espontáneamente a la juventud soviética a imitarlos...

Después de hablar sobre sí mismo y a instancias del oficial instructor, Bábel retrata a Voronski y a los miembros de su grupo y describe sus dificultades y fracasos literarios como una amarga consecuencia del trotskismo.

En la base del pensamiento de Voronski yacía la idea de que el escritor debe crear con toda libertad, por intuición, intentando reflejar de la forma más clara posible en sus obras su verdadera personalidad sin ningún tipo de limitaciones...

Este importante requisito para la creación constituye, desde el punto de vista de la investigación, un pecado mortal, y es motivo de las desgracias de los escritores.

[...] Después Vsévolod Ivánov escribió una serie de obras insulsas como *La brigadier Sinitsina*. En un ataque de desesperación, Ivánov quemó un libro en el que había estado trabajando mucho tiempo. Durante los últimos años, Katáyev me ha informado sobre el bajo estado de ánimo en que está sumido Ivánov, quien sigue empeñado en hallar un equilibrio entre literatura y política y que se siente insatisfecho con su destino... En las continuas conversaciones que he mantenido con Seifúlina, esta siempre se queja de que cada vez le resulta más difícil escribir por culpa de su inestabilidad y angustia existencial. Esta discrepancia con la realidad actual ha provocado que en los últimos años Seifúlina beba de forma convulsiva y que permanezca completamente alejada del mundo literario y laboral...

En las declaraciones manuscritas, Bábel analiza minuciosamente esta metamorfosis espiritual que se produjo en él y en sus camaradas:

A pesar de nuestras diferencias de temperamento y de estilo, nos unía el apego hacia nuestro «líder» literario, Voronski, y sus ideas trotskistas. Todos pagamos muy caro este apego; durante largos años nos ocultó el auténtico rostro del país soviético y provocó en nosotros una insensibilidad y un vacío espiritual insoportables; ciñó el nudo en torno al cuello de Yesenin, precipitó a otros al libertinaje, al nihilismo, al sacerdocio...

Tras la marcha de Voronski le sustituimos como punto de referencia de los jóvenes escritores y nos convertimos en el polo de atracción de todos los descontentos con la política artística del Partido. Alrededor de Seifúlina y Pravdujin se agrupaban escritores siberianos (de la corriente «campesina»); Pilniak polarizaba a los intrépidos y a los inclasificables; mi reputación de cierta «independencia» literaria y de una «lucha por la calidad» atrajo hacia mí algunos autores de orientación formalista. ¿Qué les inculcaba? El desprecio por las formas de asociación organizada de los escritores (la Unión de Escritores Soviéticos y otras), la idea de la decadencia de la literatura soviética, una postura crítica en relación con las consignas del Partido, como son la lucha contra el formalismo o la aprobación de obras útiles, pero artísticamente deficientes...

¿De qué hablábamos mientras tomábamos el té? Se contaban historias de la antigua Rusia desaparecida, en la que había tantas cosas malas como hermosas; se recordaban con emoción las cúpulas bulbosas de los

monasterios y la vida idílica que se llevaba en las ciudades de provincia; se aludía con ligereza, incluso con emoción, a las prisiones zaristas; quien nos hubiera oído habría podido pensar que los carceleros y los policías eran gente un tanto ida, pero sin malas intenciones. Se imputaba a la Revolución el pecado mortal de haber menospreciado a los «buenos»; los Piatakov, los Láshêvich, los Serebriákov...¹

Llegado a este punto tengo que decir algunas palabras sobre mí mismo. Mentiría y me haría un flaco favor si dijera que todo lo malo que hay en mí procede de Voronski. Su influencia sobre mí era limitada: lo consideraba un crítico de segunda fila y, como político, un impresionista, pero la división maniquea que hacía Voronski entre revolucionarios «buenos» y «malos» me caló muy hondo y fue la causa de todas mis desgracias, tanto literarias como personales. Uno de los principales preceptos de Voronski era que un autor debe mantenerse fiel a sí mismo, a su propio estilo y sus temáticas. Aunque todo cambie a su alrededor, el escritor crece sólo en su interior, se enriquece espiritualmente y este proceso es independiente de las influencias externas. Con todo este bagaje quería yo proseguir con mi trabajo, de ahí los reiterados fracasos con que acaban todos mis intentos por abordar una auténtica temática soviética.

Me propuse contar la historia de Zvenigórod (la captura en Ucrania del bandido Zavgórodni y de sus secuaces), que me había explicado Yevdokimov,² pero no lo logré, ya que me centré únicamente en las relaciones humanas de los bandidos y los soviéticos y obvié las relaciones políticas.

Me propuse escribir un libro sobre la colectivización, pero este grandioso proceso se desmenuzó en mi conciencia en diminutos pedazos inconexos.

Me propuse escribir sobre Kabarda y me detuve a medio camino, ya que no supe distinguir entre la vida de esta pequeña república soviética y los métodos feudales del gobierno de Kalmykov.³

1. G. L. Piatakov (1890-1937) y L. P. Serebriákov (1890-1937) fueron notables revolucionarios y dirigentes del Partido. Fueron juzgados en el proceso conocido como «Círculo trotskista antisoviético paralelo» y fusilados.

2. E. G. Yevdokimov (1891-1940). Representante plenipotenciario de la OGPU en el Cáucaso del norte. Fusilado.

3. B. E. Kalmykov (1893-1940) fue primer secretario del Comité Regional del Partido en la república Kabardino-Balkaria. Fusilado.